

Cultura a la contra:

Alegrías de la Corte

El mundo está rígidamente dividido en hombres y mujeres; papeles que no deben cambiarse ni entremezclarse, so pena de incurrir en los mayores castigos legales y en la repulsa de la sociedad entera. Papeles que no responden necesariamente al comportamiento sexual de los individuos, sino a detalles de modas y costumbres. Por ejemplo, el vestido: prohibidísimo está el adoptar la vestimenta o adornos que se supone pertenecen al sexo contrario. Y esto no es cosa de hoy: en la antigua Grecia, que se supone sin mucho fundamento un ejemplo de sociedad sexualmente permisiva, se podía llegar a castigar con la muerte al travesti, a no ser que tuviese un significado religioso codificado. Y los animistas indios y siberianos convertían en chamán al hombre que adoptase vestidos o costumbres femeninos. No le mataban, sino que le endiosaban y hacían de él un intermediario entre hombres y dioses; pero, de hecho, le separaban rígidamente del resto de la tribu. Ignoro el origen de este horror al travesti; tal vez, y aceptando la teoría del matriarcado primitivo, a los hombres les costase tanto liberarse del yugo matriarcal—como les cuesta hoy a las mujeres librarse del patriarcal— que viesan con horror cualquier afeminamiento.

Es curioso que el travestismo femenino no esté castigado entre nosotros, sino que incluso sea fomentado por la moda. Se impulsa a las mujeres a que usen vestimentas masculinas, pantalones, corbatas y trajes de chaqueta. Es más: se tiende al llamado "unisex", que es, en realidad, un modo de no-diferenciación entre sexos, pero adoptando ambos las características del uniforme que, a lo largo de los siglos, la sociedad ha ido moldeando para los machos de la especie. Hay autores—Burroughs, por ejemplo— que pretenden que nuestra sociedad no es patriarcal, sino matriarcal. Lo que sí está claro es que se trata de una sociedad rígidamente sexista, y que cualquier desviación de la norma o intento de romper las barreras morales—que no las físicas: se respeta mucho más al transexual castrado, convertido en "mujer", que al travesti— es reprimido con dureza.

Hablo de esto porque en nuestros tiempos de recién estrenada "democracia"—extraña democracia donde mueren niños por pedir agua— se han puesto de moda las redadas de travestis. Los controles nocturnos, las detenciones y las vejaciones a ciudadanos travestidos o menores de edad son continuas: se alega para ello el "escándalo" y la represión de la prostitución. Mientras tanto, en barras americanas la prostitución ortodoxa—la que, como la maternidad, es propiedad (y también fardo) de la mujer— es tolerada. Incluso se permite cierta homosexualidad "discreta". Lo que nos falta, claro—lo que se nos roba—, es libertad de expresión. Y no me refiero tan sólo—aunque también— a la mordaza que, sobre ciertas materias, se impone y se impondrá a los medios de comunicación, sino a la libertad de expresión individual, a la famosa—y mal entendida por las izquierdas tradicionales— "libertad del cuerpo". Nadie es libre de expresar sus deseos y apetencias de manera clara; nadie puede utilizar el lenguaje más antiguo del mundo: el lenguaje del vestido, del adorno, de los gestos. Tal lenguaje, castrado y unidimensionalizado, debe ceñirse al modelo de personalidad que se nos impone; todos debemos adoptar la máscara gris que caracteriza al hombre irremisiblemente adaptado. A veces—¡oh, respiro!— las modas cambian y se nos permite una cierta diversidad dentro de la uniformidad.

Las alegres chicas de Madrid lloran por las noches, y los chicos tienen que huir de los blancos zetas mortíferos. La tristeza nos invade a todos cada vez más. ■ EDUARDO HARO IBARS.



"Toque de queda", de Iñaki Núñez.

terribles no sale una buena película. Y parece que en "Toque de queda" Núñez se ha confiado demasiado en la fuerza de la historia por sí misma. Ha fallado estrepitosamente. Es doblemente doloroso ese fracaso: en primer lugar, porque lo ocurrido a finales del 75 fue demasiado brutal para que luego sea todo destruido en una mediocre película; en segundo lugar, porque la producción es alavesa y parece que fuera un primer intento de lanzar un cine independiente y descentralizado (un cine vasco en este caso).

La película es una sucesión de interminables planos, aburridos momentos que nunca acaban. Lo que se cuenta se podía contar igual con la tercera parte del tiempo. Parece como si Núñez buscara una narrativa apoyada en imágenes sugestivas. No sugieren nada. Simplemente aburren. Incluso son pedantes (pedantería que ni tan siquiera sabe que ilustrar con el manoseado "adaggio" de Albinoni es más

propio de un aficionado adolescente que de un conocedor de la música).

Es una lástima. Los hechos se merecían otra película. Sufrimos tanto en aquellos meses que indigna pensar que sólo por ello alguien haya creído que íbamos a aplaudirle. ■ E. LUQUIN.

TEATRO

"Los japoneses no esperan"

Ya desde el mismo título de su última comedia (intencionadamente nebuloso), Ricardo Talensnik parece luchar contra el patético convencionalismo que su propuesta dramática encierra. La insatisfacción matrimonial, el fracaso sentimental a manos de la monotonía gris de unos personajes grises que se ahogan en su miserable inercia, deja paso, como particular salida, a un tercer personaje que configura con su presencia el manido triángulo, punto de escape al formalismo social que reduce al hombre a un mero instrumento programado para la infelicidad eterna. Un punto de luz, un escape para rejuvenecer e intentar lograr de nuevo la ilusión perdida, la libertad personal y el pálpito por una aventura amorosa. Una proposición dramática demasiado manoseada (y sobre la que los escritores hispanoamericanos han

Charo López, Fernando Delgado y María Silva, intérpretes de "Los japoneses no esperan", de Ricardo Talensnik.

